



Tardes de domingo

Nicolás Peña Posada



Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons. Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica permitan, siempre y cuando se mencionen las fuentes y se realice sin fines de lucro.

Primera edición: 2022

Diseño de portada: Ana María Ruiz

Edición: Cristian Garzón

Tardes de domingo

Nicolás Peña Posada



Totuma = Libros

Tardes de domingo,
una épica de las rodillas raspadas

Una de las escenas más bellas del cine colombiano la vi en una comedia, de aquellas que estrenan a fin de año en los multiplex del país: *Las cartas del Gordo* de Dago García y Juan Carlos Vásquez. En ella, el protagonista, Carlos Julio “El Gordo” Martínez ha seguido la tradición familiar y se ha dedicado a la peluquería y en su local ha levantado un altar de recortes de prensa de su viejo amigo del barrio Alfredo “El Flaco” Rangel quien triunfa en el Boca Juniors de Argentina. “El Gordo” patrocina el equipo de microfútbol de la cuadra y lo dota de camisetas, pantalonetas y medias con el logo y nombre de su barbería. La condición es que él, a pesar de sus pocas habilidades técnicas, debe jugar como una forma de emular y declarar su lealtad a su amigo Rangel a quien una lesión le juega una mala pasada. La escena a la que me refiero es aquella en la que “El Gordo” patea un penalti y marca por primera vez un gol. Aquella celebración es el festejo de todos, de una

efímera y pequeña victoria que justificó el tiempo y la espera. Aquel grito, de alguna manera es el grito de un instante robado a la gloria en un mundo de fracasos y frustraciones. Así, “El Gordo”, en una comedia familiar, es un héroe fugaz quien podrá estar tranquilo el resto de la vida gracias a ese gol que pronto todos los demás olvidarán pero que quedará indeleble en su memoria y en la retina del espectador.

Recuerdo esta conmovedora escena porque al leer *Tardes de domingo* del poeta bogotano Nicolás Peña Posada me reencuentro con esas épicas de las rodillas raspadas. Jugar en el asfalto entraña una valentía adicional para cualquier jugador. Además de los riesgos de lesiones o tronchaduras son las raspaduras las que tatúan cicatrices efímeras o perpetuas. Las rodillas o los codos raspados como si fueran una condecoración a una herida de guerra. Eso es lo que significa el microfútbol en una ciudad como Bogotá, donde muchos barrios, parques, calles se convierten en lugares de encuentro, conversación y afecto alrededor de un balón Golty o Micasa. La cancha grande de fútbol es el lugar de las grandes hazañas y batallas; la cancha de “Micro” es un escenario más accesible y cercano para el ciudadano anónimo que desemboca allí todas sus emociones.

Tardes de domingo recupera la mirada poética de una ciudad llena de caos y rabia, de confusiones y des-

encantos. Un partido entre Los Rastrojos y la Furia es el relato nítido de nuestras fragilidades. Nicolás Peña, quien tiene limpia no solo la mirada del niño inocente sino la visión del poeta que encuentra lo bello y el asombro en la calle, los seres anónimos, y todo aquello que puede rodear un “picadito” de domingo: el olor de los fritos, el “petaco” de cerveza, las canciones de Vicente Fernández o el Binomio de oro en el parlante en el entretiempo o al final del partido. Nicolás ha sabido comprender que desde una cancha de “Micro” muchos queremos ser Maradona y jugamos a ser Maradona así como un niño llega a su casa, después de ver una película, para imitar y repetir las escenas que lo maravillaron. Es la película de la vida cotidiana lo que atraviesa este libro, es la justificación de una semana de trabajo, conflictos y sacrificio laboral y familiar para que llegue el domingo y la hora de ese partido esperado. La mirada del poeta también ha sabido identificar que el “Micro” es un símbolo de la ciudad: “otra vez el día anterior al nacimiento del mundo” nos recuerda Nicolás Peña al final del libro consciente de que las despedidas siempre serán pequeñas muertes y que al terminar un partido, así se gane o se pierda, siempre habrá algo que muera para siempre para que, así, cada jornada sea el verdadero testimonio y apología de la vida. En la pequeña cancha del barrio, del colegio, del parque se gesta la poesía

de un tiempo que se desvanece: una épica de un relato compartido, una lírica del grito de un gol en el último minuto y la tragedia y la comedia de los instantes que se esfuman:

*Orlando, el panadero, con su hija de ojos achinados
Miriam, la peluquera, que cada semana tiene el capul
de un nuevo color
Javier, el mecánico, que estornuda y hace que se le-
vanten las hojas y vuelen las palomas y se asuste el
niño, acunado en los brazos de la madre, que comien-
za a llorar y hacer pataleta.*

Suena el pito y recuerdo los poemas de Mario Rivero o Helí Ramírez, vuelven a mí las calles de Luis Vidales y Rogelio Echavarría. En las oficinas y las tiendas ocurre el poema que estos poetas identifican en diferentes épocas. De ese linaje viene Nicolás Peña Posada porque él ha sabido interpretar los signos de la ciudad y sus claves de poesía. En una cancha de “Micro” o de Fútbol sala o ahora que abundan en la ciudad las canchas sintéticas de Fútbol 5, se forjan también las amistades duraderas, hermandades y complicidades para la vida. Hay unas lealtades inquebrantables en las improvisadas tribunas. La recompensa no será la copa del mundo pero sí la gaseosa, la cerveza o la empanada con abundante ají, el

tinto de termo o el uniforme. Cada jugador prepara su partido como si preparara un viaje o el destino mismo. Sabe que de ahí se marcará el compás y el carácter de la semana entera. Salta asfalto listo a escribir o reescribir una historia, un relato así como en miles de canchas improvisadas en la ciudad se están escribiendo otras historias que podrían ser nuevos mitos. En la cancha se juega, pero también se pelea. Al final del día se dan cita allí las pandillas o los ajustes de cuentas. En el mismo lugar donde se firmó la gloria en la mañana, en la noche se dicta una sentencia de muerte o de castigo. Ese es el talante de los barrios y por eso también hay pequeñas rivalidades que se reflejan en un partido de “Micro”. O qué sería de Santa Fe sin Millonarios así como qué sería de La Esmeralda sin Pablo VI o de Usatama sin Colseguros o Cedritos sin Unicentro. En la cancha, de día o de noche, quedan el honor y la dignidad y eso está lleno de poesía que Nicolás sabe traducir en belleza. Él habla de esas canchas, del idioma de los barrios que hacen parte de una cartografía más amplia del español gracias a que el poeta lo toma, lo interpreta y modifica. Eso lo sabe bien Nicolás Peña Posada, quien ha venido rastreando la biografía oculta de la ciudad desde su primer poemario.

Según acuerdo 133 de 2004 del Concejo de Bogotá DC “Se declara el futbol de salón (microfútbol) como

un deporte símbolo de la ciudad de Bogotá. Establece que el IDRDR promoverá las iniciativas pertinentes para fomentar y apoyar la práctica masiva del fútbol de salón, con proyección competitiva nacional e internacional”. *Tardes de domingo* lo declara como un hecho cultural, estético, imperecedero donde todos cabemos, donde todos podemos ser Maradona por un instante, donde podemos marcar los mejores goles que solo quedarán en nuestras memorias como un grito, unas reglas, unos partidos sin tiempo que solo terminaban al anochecer cuando la voz de la madre llamaba a la merienda o la cena. Ese lugar de los amigos que vuelve al lugar de la poesía de la mano de una voz, de muchas voces, de unas anécdotas o retratos. No nos importa el resultado del partido de Los Rastrojos y La Furia, los goles son el pretexto de algo más grande y verdadero: la amistad y la palabra como patria a la que siempre se regresa, así sea de asfalto y cemento como las canchas de “Micro” donde la infancia transcurrió, donde la adolescencia despertó y donde la adultez se confirmó. *Tardes de domingo* es un tributo a esa Bogotá que se repite y se reafirma y donde es posible la felicidad con todos sus matices y colores.

Federico Díaz-Granados
Mes 26 de la pandemia

*Jugábamos en la selección del barrio
en donde no solo él y algunos éramos buenos jugadores
el equipo completo era una escuelita de toque y goles
Medio nos travábamos para jugar
y el balón en nuestros pies era como pegado con imán
y hacíamos gala de un pique de carrerón tras el balón
en los pases de profundidad
que ni cochise batiendo la marca mundial de la
hora que llaman
Después de los partidos hubiera triunfo derrota
o empate
un festín de fiestón
que terminaba casi siempre en puñaladas*

Helí Ramírez

*En una villa nació, fue deseo de Dios
Crecer y sobrevivir a la humilde expresión
Enfrentar la adversidad
Con afán de ganarse a cada paso la vida*

Rodrigo

Primer tiempo

Sobre el pollo asado hace nido el sol
regadas en bolsas plásticas las arepas brillan en grasa
domingo olor a fruta picada y salpicón con helado
domingo bicicleta y torneo de microfútbol

El balón es un dios vestido de blanco y negro
su cuerpo raspado recuerda a los huérfanos
que en la esquina
apuestan monedas de cien y se queman los hombros

El balón es un niño sin padres que sonrío
con los dientes ahuecados.

Grita la madre *cuidado, cuidado*
porque corre el hijo loma arriba y los carros y las
motos pasan en violencia desenfrenados y los buses
sueltan sus vapores y salen los pasajeros vomitados
por la máquina de cuatro llantas
y el hijo ríe de amor por la tarde
 ríe labios gruesos de sal mango y miel
 ríe mientras persigue al amigo que le robó su
juguete favorito y cinco canicas

La madre grita y luego deja de gritar y luego olvida
un poco al hijo y mira la cancha, ansiosa, esperando
el partido mientras en los asadores corre el rumor del
humo y el chillido de las rellenas y los chorizos que se
asan a dos mil.

Algunos borrachos sentados en la tienda se derriten
en nostalgia

y piensan en el pasado recostados contra el muro
y miran el balón en la cancha mientras rememoran
otras épocas

cuando eran ellos los que jugaban
y apostaban el petaco
pero ahora no:

los años

el volumen de las barrigas

el dolor de espalda

los vellos y los hijos

tantas cosas que crecen y pasan y nacen y mueren y
el cuerpo se va volviendo pesado de meteoritos en el
riñón, colesterol y carbohidratos

Entonces miran de reojo
y escuchan algo de Vicente Fernández
y fuman y beben botella tras botella
mientras los equipos calientan, se alistan
barren de recuerdos las calles
bombeadas de grafitis y consignas.

El árbitro llega acelerado
bloqueador mal untado en la cara
olor a aguardiente
Pielroja y la camiseta embutida
entre la sudadera negra

Se sienta y la gente ya habla mal de él:
otra vez dicen entre cuchicheos
ojalá no nos robe casi gritan
viejo hijueputa cantan en coro desde el pasto

Y el árbitro saca los AS
esas zapatillas negras con línea blanca
alista las tarjetas como si quisiera besarlas
se cambia e ignora los insultos y los rostros agudos
que lo miran y lo juzgan como el más perro
y miserable de todos

Pero él, tranquilo, saca el pito, revisa las medias y da la
sensación de ser un héroe antiguo que se peina con gel
y se pone la pantaloneta
mientras el mundo entero lo rechaza.

El último día de la semana antes de
 que se activen las fábricas
 antes de que vuelvan los obreros al pega cemento y cal
 antes de que las oficinas y los bancos abran de nuevo
 las puertas

al infierno financiero
 antes de que las carnicerías vuelvan otra vez a la fiesta
 de cuchillos y sangre
 antes de que los corrientazos alisten el principio pasta
 el cerdo en salsa BBQ el jugo
 de guayaba y el postre

Domingo en el aro suelto de basquetbol y en el bazuco
 caliente que se fuman detrás de la cancha dos amigos
 con la piel llena de costras, alucinados

domingo en el rostro de los novios que van por helado
 y más tarde harán el amor en el techo de la casa entre
 la ropa húmeda y el maullido de un gato sin nombre
 mientras miran desde el cerro la sabana alargarse en
 luces y nubes chonchas de marrano.

Cada equipo calienta con su propio balón
 malla rota y en el palo la telaraña que esquiva uñazos
 el viento le da comba al mundo
 y todos giran y se retuercen
 y la risa de las familias llena de luz la atmósfera
 y alrededor de los árboles
 se acumulan tusas de mazorca
 vasos plásticos
 escupitajos verdes de tierra y mocos

El 10 ríe y hace veintiuna y los otros
tóquela no sea agrandado
 y él gambeta corta amague a dos pies
 calidoso corre es pequeño pero no copea se le para a
 los de metro noventa y tantos
 luce naranja sus pisos y rebota el balón y es también
 un dios los domingos y los sábados en los torneos de
 micro y la gente lo corea, le grita, lo aplaude, repite su
 nombre o su apodo
 y él se levanta el lunes escuchando
 esos gritos y esos aplausos
 sale a trabajar de madrugada escuchando esos gritos y
 esos aplausos
 toma el bus y recuerda el gol de volea

mientras escucha esos gritos y esos aplausos
y todos los días entre semana en el supermercado
mientras empaca y revisa las lechugas
y le pone el precio a las bolsas de durazno espera otra
vez el torneo del fin de semana para levantarse entre el
público y gritar el gol que los llevó a la final.

Sigue llegando la gente que toma puesto entre silbidos
y papel periódico:

Orlando, el panadero, con su hija de ojos achinados

Miriam, la peluquera, que cada semana
tiene el capul de un nuevo color

Javier, el mecánico, que estornuda y hace que se
levanten las hojas y vuelen las palomas y se asuste el
niño, acunado en los brazos de la madre,
que comienza a llorar y hacer pataleta

También llegan las pandillas con gorras, cadenas y un
pisquero largo a marihuana, sangre y trasnocho

y los policías parquean las motos verdes en la calle, se
quitan los cascos, fuman y esperan

a que empiece el partido

le pican el ojo a los jíbaros, a la distancia se saludan los
amigos, cómplices de delincuencias

Dos inválidos se abrazan, dos ciegos hablan del cielo y
el ladrido agudo de los perros

las madres cabeza de familia, los chinchés,

los hombres de la calle hacen parte del bullicio

dominguero, la fiesta, el agite de las manos que

aplauden, los dedos que se hunden en la boca y hacen

que el aire vibre entre los labios

Ya en el centro está el balón:

ese globo terráqueo de caucho
esa perla golpeada por el cemento
la pecosa, la caprichosa, la esférica
esa fruta madura e hinchada de agua
y patadas

y los cuerpos como volcanes vibran y se cuecen por
dentro llenos de fuegos y vapores
de agua llenos, de miedo y capas y minerales llenos
esos cuerpos borrachos que tiemblan
esperan y aguardan el pitazo inicial.

Se miran los equipos, observan cada movimiento
analizan posturas, paredes, mañas
hacen cálculos de la velocidad que toma el balón y
estudian el clima

el movimiento del sol

los cambios de temperatura

desde la distancia se dicen cosas:

de aquí no pasa, papá

esta no me la gana ni por el putas

los vamos a eliminar por lámparas

Las miradas directas y las pupilas dilatadas
el olor de los pinchos y el sabor amargo de la saliva
el sonido de las bicicletas que bajan arriadas al centro
de la ciudad

El árbitro lanza la moneda al aire y distrae el vuelo de
unas mirlas que se desestabilizan y amenazan con caer
como un augurio en mitad del cotejo

Cara, dice el árbitro, *¿saque o cancha?*, pregunta, y ya

al ganar el duelo de la moneda hace que las apuestas se inclinen a un lado por los supersticiosos que mascan chicle y pronostican una leve llovizna espanta bobos al final del partido

Cancha responde el 5 mientras mira el sol salido como una puntilla caliente
en su espalda cuelga en rojo un nombre: Ramiro
y los jugadores se frotan las manos,
levantan las piernas, hacen zigzag, saludan
y les mandan picos a sus esposas y a sus amantes,
rezan, respiran, se acomodan las canilleras y uno que otra va al centro y toca el balón,
pidiéndole humildemente los favores

Una bendición comunal, rítmica y sincronizada se precipita y las manos de arriba

de izquierda

a abajo

hacen una

a derecha

c
c r u z
u
z

Suena el silbato que recorre todos los rincones de la tierra, todos los caminos del barrio, todas las tiendas, las botellas de cerveza, los techos negros, el polvo frío que cubre las ventanas

suena el silbato y el pelo de los recién nacidos se electrocuta y Dios aparece en las oraciones de los incrédulos y la virgen es invocada en lado a lado para que haga el milagrito de un gol para la victoria y la clasificación a la final

suena el silbato y se espantan los paranoicos y los que venden baloto se levantan del sueño y por el barrio pasa un electrocutazo de luz

una serpiente sonora cascabel que agita a los perezosos

un rayo, un trueno, un chispazo, una descarga de energía que quema la piel de las bromelias

Ese pitido es el comienzo del ritual y los novios se agarran la pierna, la mano y apoyan a sus tíos que juegan desde hace diez años el torneo y no han ganado porque:

agh no marcamos bien y otra vez Pérez llegó borracho

Los novios que no fueron al cine por ver el partido de la familia se besan únicamente cuando el balón sale o cuando hay alguna falta para no perder ningún segundo y luego poder hablar de lo que pasó y lo que vieron y lo que el uno le dijo al otro para calentarlo

Ese pitido es el surgimiento, el despertar, el comienzo de la algarabía y los nervios que se precipitan y los corazones que se hinchan como globos, como sapos; y se acomodan entre refunfuñes los que llegan tarde y no quieren perderse el juego

Ese pitido no es cualquier pitido, es el inicio del partido, el primer toque de balón, la razón de existir y ver pasar los minutos, las horas, los días, las semanas, los meses, uno tras otro, como fantasmas de hielo.

El día crece en ruegos y súplicas
 y siguen los ex-jugadores sentados en la tienda, viendo
 desde la mesa amarilla el balón girar y pegar en el palo

No hay nada más importante en esos 40 minutos par-
 tidos por la mitad
 nada más allá del drible y la cuquita y el sombrero
 para ofender al rival y el golpe por detrás para calentar
 el partido y Junior sonriendo y gritándole a la tribuna
 contraria que no saben jugar a ni mierda

Cada celebración es un trueque de ofensas
 cada grito de gol es una revancha
 cada gambeta es un uishhhhhhhh largo que abre el
 tímpano de las abuelas, atentas al juego, que hacen
 fotosíntesis sentadas en los huesos mohosos

Pero no todo es humillación y grosería, también hay
 juego limpio, señores y señoras,
 uno que otro defensa que levanta al contrario del piso y
 le pega una nalgada pidiéndole perdón
 no todo es rencor y golpes, también hay abrazos,
 sonrisas y un gran respeto por el Gordo que siempre
 marca un golazo de tiro libre

un orgullo por Ramírez que tiene 45 y sigue jugando tranquilo, en la mitad, repartiendo balones como si estuviera entregando cartas de amor una veneración casi religiosa por Jabón, el arquero que estuvo en coma, y después de cuatro años volvió a levantarse y a tapar como la araña negra.

en cada orificio del llanto

cuerpos con espasmos, llamas, nudos, contracciones
cuerpos heridos y violentados en el peligro de la
noche
cuerpos obreros
cuerpos mecánicos
envejecidos, achacados, con callos y cortadas
cuerpos de luz y sombra
cuerpos de celadores, arrugados, flácidos
cuerpos de cicatrices y queloides
brillantes cuerpos en las tardes de domingo.

Medio tiempo

2-0 el marcador

la gente aprovecha para ir al baño y traer más cerveza

los ladrones chismosean bolsillos

carteras olvidadas

pulseras flojas de fantasía

10 minutos de entre tiempo pisquero

y hombres haciendo flexiones de pecho al aire libre

niños imitando con un balón de plástico el primer gol

niñas riéndose de los niños y jugando escondidas

mientras vuelve el partido

El árbitro agitado revisa el balón, piensa en los 62 centímetros de circunferencia que tiene, las 9 libras de peso, habla con el asistente, toma Gatorade, revisa números, tiempos, decisiones, piensa que en 2 horas tiene que estar en la casa, que el 7 lo insultó, que el 4 le está dando pata al 6, que el arquero hace años lo amenazó con buscarlo por una roja que le puso, pero él no hace caso, ha llegado hasta donde está siendo delantero, esquivando puñaladas y groserías, mostrando el cartón.

En la cancha duerme ahora el vacío
 pequeñas piedras, ruido de tejas
 bolsas plásticas y eucaliptos
 sinfonía de metal y vagabundos que se ríen mirando
 su propia sombra arder entre la hierba

En el centro el círculo con 3 metros de radio ausente
 de pies y roces

Es tiempo de descanso y la gente respira
 los equipos planean jugadas, dan consejos
 anotan en un tablero pequeño las movidas contrarias

Ya el sol baja y el frío mueve los pelos sueltos
 hace surcos en la malla sucia
 agita los platos botados de la
 lechona

Los técnicos, amigos aficionados, tíos o padres de
 alguno en el equipo, gritan, señalan, dicen que no
 pueden volver a dejar pasar al Gordo:
le da un uñazo y chao

los jugadores escuchan, asienten, toman agua

se riegan la cabeza
como si fueran flores tristes
miran el cemento y
piensan mudos en remontar.

2-0 abajo

2-0 arriba

alguien tiene que ganar

alguien tiene que perder

el que pierda para la casa en depresiones

el que gana para la tienda en aguardientes y orinales

con olor a menta y vallenatos viejos de Durán

hay rumor de buen fútbol, señores y señoras,

segundo tiempo casi lleno todo el parque

manteles en el piso

cadáveres de granadilla

paquetes verdes de papas ácidas

y un equipo de sonido que desde la distancia hace

mover el cuerpo de los deprimidos

El todo o nada

corren las apuestas, corren los pelados en risas

y canciones por las casas cerradas

corren los ratones en las alcantarillas buscando algo

de comer

sueñan los jugadores mientras reciben instrucciones y

se acomodan de nuevo las canilleras y vuelven a rezar
virgen santísima y tratan de corregir errores
de repetir *no no no no*
de pararse más firmes, enganchar por la pierna hábil,
no dar ningún espacio.

El árbitro llama: cambio de balón
 sonido de lata de cerveza
un segundo dice uno de los capitanes
 hacen un círculo, se miran, repiten: *esto es de huevas*
 se agarran la mano, cierran los ojos
 uno, dos, tres: *Furia, Furia, Furia*
 afuera los aplauden y emocionados
 cada uno a su puesto

Los Rastrojos igual: *uno, dos, tres*
Rastrojos, Rastrojos, Rastrojos
 tres el tiempo institucionalizado: Lotto, AS y Munich
 también aplauden a Los Rastrojos y la tarde es un
 coladero y vuelan moscas alrededor de los dulces
 botados, la melcocha de la tarde que cae dulce de jugo
 sobre las cabezas
 y en el potrero de enfrente sale el humo
 de los olvidados que se concentran en mirar el paisaje
 húmedo y colorado frente a la olla del barrio llena de
 ilusiones y papeletas, agujas y cuerpos golpeados

10 minutos y otra vez en el centro el nuevo balón
 listo a la espera de la primer patada

el árbitro pone el reloj, pregunta: *arquero* y el arquero
levanta el dedo gordo
pregunta al otro arquero y el otro arquero aplaude y
grita *vamos* y comienza el partido
2-0 abajo *Furia tu papá* que siga el domingo antes de
que se acabe el fin de semana y comience otra vez a
girar el mundo de caucho.

Segundo tiempo

Primeros minutos
 tensión en los tendones
 los cuerpos aprietan, se palpan
 manos y dedos como pulpos
 la piel es un caucho

presión alta y salida rápida
 rotación cuadrada 5, 6
 pase al vacío y diagonales

marcas férreas, pegadas
 no aflojan los cuerpos
 un rap acompaña el giro de la cadera
 La Etnia *bombo, beat y caja*

presión en las pantorrillas
 jalón de camiseta: pal piso nadie vio
 mismo marcador, abajo Los Rastrojos
 fume y fume detrás de la cancha vicio
 La Furia compacta, apoyados unos en otros
 sale y respalda, *vuelva, vuelva*
 contraataque y atajada que no va a entrar ni una
estamos salados y vuelva otra vez a abajo

cabezazo en el estómago del balón
tiempo, tiempo pide uno de los técnicos
30 segundos indicaciones y a seguir el juego

domingo solar en los cerros orientales
domingo de pasto chuzo y bareta
domingo de tiros libres en el pecho de la barrera que
salta con las manos tapando los testículos para no
quedar tíos.

Pasan los minutos toque toque *hágale más rápido* y un hombre de gorra va a llorar pero se contiene porque todavía falta todavía hay tiempo pero su equipo va abajo por dos goles y para él el equipo es una familia y los acompaña a los torneos y gasta después Águila y celebra cuando los otros celebran y se besan y se abrazan cuando ganan y a veces, cuando no juegan, hacen algún viaje juntos fuera de la ciudad al mar o a Melgar o a algún pueblo donde vendan longaniza y él es el que siempre lleva la bolsa de aguas y el balón para calentar y no puede, no puede aceptar la derrota

Amarilla, taco y pa fuera el que me vuelva a hablar
dice el árbitro que también se calienta y suda litros y litros de agua salada y corre por la cancha mientras le habla al asistente mientras piensa que tiene que salir rápido a la casa por las amenazas del público mientras recibe desde la tribuna el golpe violento del lenguaje que es un pan duro y viejo, lleno de moho.

Todos en algún momento creemos
 el microfútbol es también creer en algo más allá de
 nosotros mismos y por eso los que pierden dicen:

hoy tocaba perder

dicen: *no era nuestro día*

dicen: *estoy seguro que la próxima será*

como si existiera un destino en ese
 balón número 4 verde
 como si vibrara una energía cósmica que decidiera el
 rumbo de la manchada por el asfalto
 como si viviera en el universo un ser que decide si la
 caprichosa entra o pega en el palo y sale
 como si alguien que no comprendemos y no vemos
 dijera que era necesario expulsar al 5 por las dos faltas
 que nadie vio y por esa expulsión nos remontaron
setenta hijueputa
 como si Dios los domingos desde arriba se sentara a
 ver el partido en La Esmeralda y sufriera como sufren
 los humanos cuando se les va de la mano la victoria
 por una mala marca

por un mal pase

por un mal control de balón.

Los domingos de microfútbol se desgastan un poco más las pepas de los rosarios
y aumenta el índice de borrachos
y crece el número de divorcios por metro cuadrado
y un niño llora en silencio porque su padre, para desquitarse por haber perdido, no lo dejó jugar maquinitas hasta tarde con los amigos de la cuadra
y dicen que los perros criollos comen mejor porque hay más basura botada en los parques
y cuentan que la contaminación también sube un poco por los fumadores que ya no consumen solo una caja de cigarrillos sino dos y también los vendedores de chorizo aumentan sus ventas y hay un consumo excesivo de uñas en cada esquina y los bazuqueros alucinan un poco más e imaginan que el balón es el cerebro de un niño gigante que explota cuando se enreda con el alambre de púas.

Penal, penal grita un niño que mira el partido desde
un columpio

jueputa, penal dice el técnico de Los Rastrojos
corre detrás del árbitro el defensa y entre saliva que
vuela le dice que no lo hizo nada
mueve los brazos, aletea como un cóndor herido

desde las barras chiflan y reclaman los aficionados y
se ve una, dos amarillas por encima de las cabezas y al
árbitro lo empujan, un puño va, un arañazo *gonorrea*
se escucha y la gente abuchea pero también de a poco
se calman los jugadores
parado el árbitro brillante y fosforescente y ya es un
hecho el penal

3-1 marcador arriba los de naranja
13 minutos de juego no más y fin del partido
uno de cabeza, uno de tiro libre, dos de Pecas
nada qué hacer

El 10 se acerca, pone el balón en el punto, cuenta dos
pasos para atrás
se congelan los rostros, se congelan las nubes,
se congelan los borrachos

un silencio consume los cigarrillos
un silencio de cráter crece en los cables y los postes y
las antenas y hace nudo en la garganta de los
familiares que chupan completo el hueso del pollo
un silencio marítimo llena la cancha de microfútbol,
la ahoga, la hunde, la sumerge en la tierra

El arquero de lado a lado se mueve, aplaude, irrumpe
la mudez del barrio y con el dedo forrado señala a su
izquierda y dice: *tírelo acá, tírelo acá, si es tan hombre*
pero el 10 no pone atención, no mira, se concentra en
la pecosa, suspira, no piensa y cuando suena el silbato
espera dos segundos, arranca, acelera y puffffff uñazo
al ángulo y hasta luego 4-1 nos fuimos a esa final
porque Dios en lo alto y lejano así lo quiso.

Los Rastrojos se agarran el rostro, vuelven a insultar,
 miran alrededor
 suena en los parlantes guaracha, luego ponen
 Ivy Queen y los jóvenes se excitan
 se miran unos a otros, se mandan señales, coquetos,
 listos para el perreo

Los de La Furia sonríen, con paciencia,
 porque se juega hasta el último segundo
 pero van 4-1 arriba
 el capitán los alienta, aplaude, se levanta y grita
 los cuerpos de las frutas se descomponen
 las mujeres se agarran el pelo con una cola de caballo
 porque el partido va a ponerse más caliente

Saque de mitad
 no hay todavía amenaza de lluvia
 cambio en Los Rastrojos, entra Flaco arriba,
 pa aguantar y meterla: *palomero, palomero* repiten,
 pero Flaco hace oídos sordos

Intento de chilena y afuera
 dientes mordiéndose el labio
 labios hinchados

taco, pase gol y pa arriba el Golty *bruto*
se escucha en el viento
Los Rastrojos la dan toda
pero bien parados atrás La Furia
codazo amarilla zapato volador paletas pegadas a la
lengua de los niños
todavía falta todavía falta las piernas empiezan a sentir
el golpe del asfalto
se resbalan los brazos giran los relojes
punzan los rayos solares y abren huecos en la tierra

perder o ganar perder o ganar perder o ganar
el que agacha la cabeza, el que se resiste
el que piensa en el horóscopo y vuelve a correr
perder o ganar perder o ganar perder o ganar

el domingo avanza en las peluquerías y el balón se
hace pequeño y el arco se encoge también y el arquero
se vuelve un gigante inalcanzable saca todo se bota
palo abajo abre los brazos águila de los Andes sube y
baja y nada entra

perder o ganar perder o ganar perder o ganar.

Quedan 8 minutos

8 minutos que a los que van perdiendo les parecen 5 segundos y a los que van ganando les parecen largos de espinas

largos de culebras y aguante
largos de bandas y palos

Y el capi de Los Rastrojos dice *vamos a meterla toda, quedan 8, pa arriba*

sabe que es poco pero también sabe que con un gol se crecen y entonces le mete, da duro, empuja para buscar el empate, sabe que 8 minutos son suficientes, que tres goles pueden llegar en tres minutos, que si el Flaco afina los botines hace dos seguidos y se aprieta la cosa

El capi de La Furia en cambio les pide calma, quietos, aguanten, también sabe que es poco tiempo, pero que puede ser mucho y alcanza para remontar:

una eternidad en 8 minutos
un salto de grillo en 8 minutos
el apocalipsis en 8 minutos
la creación del universo en 8 minutos

el nacimiento de un planeta en mitad
de la galaxia en 8 minutos

Los dos capitanes cancheros
los dos expertos en demorar el saque de banda cuando
es necesario demorarlo
los dos haciendo rápido rápido el saque de banda
cuando es necesario hacerlo rápido
los dos dando instrucciones, peleando, motivando a
los otros con gritos y aplausos
raspando cancha mientras sus compañeros los es-
cuchan, les hacen caso, les dicen capi y los aplauden
por aguantar con el cuerpo y proteger el balón

Los capis eternos que se bañan en ruda antes del par-
tido y dicen los del barrio que tienen un pacto con el
demonio y ante ningún balón se quitan así vaya directo
a la nariz y son ellos, con la banda en el brazo, quienes
deciden el lado, quienes dicen que mejor el saque atrás,
quienes saben los tiempos perfectos de Dios, quienes
en el último minuto hacen un gol de cabeza, quienes
calientan el partido y a veces, por cancheros, también
los expulsan y ponen a penar al equipo.

Entonces los segundos se vuelven una cosa inestable,
 abstracta, un hechizo, un encanto y así como avanza el
 tiempo también retrocede y da vueltas y gira y se para
 y se estrecha y se alarga y se vuelve hondo, humo

un hueco

un tumor maligno

un silencio implacable

un griterío

El tiempo: ese enemigo de los perdedores
 ese aliado de los que reciben una falta
 ese desertor de los impacientes

Los que van abajo no paran y los que van arriba le dan
 toque y ahí empieza realmente el cuerpo a traicionar
 al cuerpo
 y ahí empieza realmente la mente a traicionar la mente
 y el que se salga por un momento roja y chao, pa la
 casa te vi
 y también el que ofenda si va ganando con un túnel,
 una bicicleta se llevará su buen costalazo

La vulnerabilidad es el centro del juego
 sentirse mínimo y no poder hacer nada

sentir el quiebre como un gusano
que corre entre el páncreas
sentir el dolor y el cansancio y la derrota pesada de
quilates sobre el pecho

El que es frágil tiende a desesperar y el público también
sufre y también siente el cuerpo agotado y piensa que
el domingo es un día hermoso porque no se trabaja,
hermoso porque no se sale del barrio a otro barrio lejos
lejos
un día de estar con la familia y ver el balón rodar
pero podría ser más hermoso si se gana
siempre más hermoso si el balón entra y el equipo
después de una remontada pasa a la final y se van de
copas en la noche.

La gente se levanta, se revuelve el pelo, estornuda, dice *malparido, malparido, malparido*, tres veces como un mantra, mira el cielo buscando alguna respuesta, come mazorca, muerde un trozo de papa, grita y celebra, la gente impaciente, la gente de pie, con ganas de ir al baño, chorreada de grasa y guacamole y trozos de empanada, en círculos, nerviosa, la gente alegre, echando chistes, diciendo *ole, ole, ole, ole*, y los otros *cuál ole*, el zapatero fumando, el carpintero pelando un banano, la secretaria entre la tierra aplaudiendo por un gol anulado, la gente junto a la gente, amontonada, compartiendo el día, la gente diciendo que el domingo es para tomar cerveza y ver microfútbol, el día que se detiene el mundo durante 40 minutos, el día de gastarse algo del salario en un pollo con gaseosa o un aguardiente, la gente pensando que el domingo se detiene un momento la policía, se detienen un momento los usuales asesinos, se detiene un momento el sol que mira desde su trono distante el balón rodar por el cemento como otro astro perdido en la vastedad.

Tercer tiempo

Pitazo final al aire, silbido y discordia
 pérdida del eje del cuerpo jueputazos sonoros picantes
 aplausos gritos un golpe duro a la tierra
Furia, Furia, Furia gritan los del equipo ganador
 y los familiares del equipo y las novias y las esposas
 y los hijos y los vecinos gritan, agitan camisetas,
 se arrancan y lanzan las vísceras, riegan cerveza
 y aguardiente en el pasto

4-2 marcador final nada de remontada
 4-2 chao Los Rastrojos fuera del torneo
 caras caídas malviaje *a dos mil a dos mil las mazorcas*

En el aceite de las empanadas marcan las 3:00 pm
 el árbitro rápido alista guarda y nos fuimos antes de
 que algo pase aunque fue un juego limpio una que
 otra amarilla, una que otra pelea,
 pero justo el resultado final

Los tristes guardan los corotos, suspiran y hacen soni-
 dos con la boca inidentificables, los perdedores, los
 uncentavopalpeso, incapaces de reconocer la derrota-
 da, achicopalados se arrodillan en la cancha

Pa donde Josefa dice el capitán y Pecas dice sí, claro
y Julito dice sí, claro
y Manco y Flaco
y Roger
dicen sí, claro

listos para el tercer tiempo
listos para pedir dos petacos y poner en la rockola El
Binomio
listos para hablar de los goles y repetir el partido y
abrazarse y decir: pa la final y cantar juntos

En una villa nació, fue deseo de Dios
crecer y sobrevivir a la humilde expresión
enfrentar la adversidad
con afán de ganarse a cada paso la vida

porque quieren a Maradona y cada uno se siente como
Maradona y tienen el aguante de Maradona y beben
como Maradona y vienen del barrio como Maradona
y tienen un afiche de Maradona en el cuarto y otro del
Pibe y guardan en un cajón del closet la camiseta origi-
nal de Italia 90

listos y dispuestos para decir que son el mejor equipo
del barrio, que Pecas estuvo fino, aunque ese saque de

banda no lo puso bien, pero bueno, Manco lo respaldó, que este año sí ganarán, *sabalero, sabalero*, listos con el olor a pecueca para embriagarse y festejar que todavía están vivos, que el salario es malo, pero tienen el domingo y el balón, que el jefe es una mierda, pero dan millón quinientos al segundo puesto y tres millones al primer puesto, listos para el *fondo, fondo, fondo* y repetir una y otra vez el segundo gol: *pepote*, y decir que el penal sí fue penal, *clarito*, recordando lo que acaba de suceder, escribiendo la historia del microfútbol del barrio, pensando en comprar con la plata del premio otro uniforme, imaginando la fiesta del título, soñando con ese domingo, el domingo definitivo, el último domingo, el domingo memorable, no otro domingo cualquiera, sino el domingo de la final.

Una y otra vez ponen Tierra mala y cantan donde
 Josefa enamorados *quise cultivar un amor y me he
 quedado solo, creo que sembré tierra mala o no supe
 sembrar* se besan y luego corean We are the champions
 y dicen:

tres años, por fin, tres años
 y dicen: *esta sí es, esta la ganamos, jueputa*
 y las sillas rimax blancas suenan, chillan, caen
 y las botellas se riegan fondo blanco ojos rojos
 4-2 4-2 corea Pecas salta y brinda una y otra vez

El domingo se vuelve una borrachera dulce y sabe
 mejor el Águila y Josefa los felicita, les dice: *los vi*
 les dice: *golazos*
 les dice: *aposté un litro a que ganaban*
 y los de La Furia también abrazan a Josefa, le dicen acá
 será la fiesta, medio millón del premio en
 Póker y Antioqueño

El domingo es amplio y se destila sobre los techos su
 cuerpo negro oloroso a hierbas y huele a alcohol el
 pelo de los ganadores, a cigarrillo y babas y sudor
 la felicidad tiene el rostro caliente, un raspón en la

rodilla y los dedos sucios de tierra

La medianoche canta solitaria y en los cables cuelgan
unos guayos mientras en el parque roncan y sueñan
los sinhogar

los desaparecidos

que desde abajo también veían y cantaban y celebra-
ban los goles porque una vez ellos estuvieron ahí, de
frente, parados en la cancha listos para el cotejo, pero
les llegó la silenciosa y se los llevó antes de tiempo.

A las 12 Josefa cierra y ya todos tienen las venas algo
secas

la boca descascarada
oxidado el hígado
en canciones y guarapo

Una luz cae desde el cielo y alumbra la cabeza de los
futbolistas borrachos que se sostienen unos sobre
otros como cuerpos de trapo
gusanos hacinados

Josefa baja la reja, pone el candado y se despide con
tres besos: *chao, chao, chao*
Josefa corazón de otro bandido

Los de La Furia siguen cantando en la calle, dicién-
dose los unos a los otros:
ganamos, malparido, ganamos
y escuchan todavía el pitazo final
y ven la cara larga de Los Rastrojos y escuchan los
chiflidos y los aplausos y los insultos que corren como
roedores por las esquinas del barrio

Pasa en un Mazda el jefe del cartel,

los mira y sigue de largo
suenan en la espalda del reciclador
el silbar de unas latas
y en los balcones nadie fuma, nadie mira la noche y el
anuncio de la madrugada que sopla, sopla y despeina
la casa de los pájaros.

El lunes volverán a las ocupaciones diarias:
mantenimiento de equipos de sonido y celulares
distribuidor de neveras y electrodomésticos
profesor de educación física en primaria

Otra vez llegará el inicio de semana con el correr de
los niños que se alistan al colegio y no quieren bañarse
con el sonido de las puertas de las buses
y el humo que invade los pulmones de los que en la
oscuridad se suenan y se cubren con una bufanda de
cuadros la nariz

Llegará el lunes pesado en los ojos de lagañas
y alcoholes y pesadillas
el lunes otra vez 4:40 am niebla y tinto recalentado
se asomarán de nuevo los bigotes, las carteras, las
sombrellas y andará la ciudad al ritmo de los taxis, al
son de los huevos fritos
y el olor de las naranjas exprimidas en la esquina

Se desenrollarán los tamales y se prenderán las estufas
y hervirá el agua del caldo en los restaurantes y las
corbatas se ensuciarán y los transeúntes bostezarán
agotados porque el cansancio es una constante

La ciudad empezará su ciclo semanal
los caños con basura, los perros con heridas
los parques con un cúmulo de huellas y un rastro de
sangre seca

Y los futbolistas, todavía borrachos, las manos hincha-
das y el corazón como un solo nudo, bañado de anís
y cebada, se levantarán, se bañarán, se mirarán en el
espejo, sonreirán y pensarán:

*el otro domingo la final
no importa nada más que el otro domingo
ningún día ninguno como el próximo domingo*

y desde el lunes, desde que se levantan, desde que se
afeitan, desde que se montan al bus y pagan el almuer-
zo, desde que bajan la loma y toman café con leche y
comen roscón, desde que se despiden de beso y piden
un favor y saludan a los vecinos, los días, todos los
días de esa semana estarán esperando el domingo de
microfútbol, la final, ese último día de la semana, ese
último día de todas las semanas, para coronarse con
aureola de ateos campeones del barrio y recibir todos
los honores

todas las sonrisas
todos los aplausos

cada una de las miradas
cada uno de los elogios
cada uno de los corazones

otra vez el día anterior al nacimiento del mundo.



Índice

- 17 Primer tiempo
- 37 Medio tiempo
- 47 Segundo tiempo
- 65 Tercer tiempo

Nicolás Peña Posada
(Bogotá, Colombia. 1991)

Literato y Maestro en Arte de la Universidad de los Andes.
Magister en Creación Literaria de la Universidad Central.
Actualmente es docente universitario en la Fundación Univer-
sitaria Konrad Lorenz donde además dirige la revista Suma
Cultural. Ha publicado los libros: *Mi madre es la única que lee
mis poemas*, *Cocinar no es para todos los poetas* y su tesis de
maestría titulada: *La abuela nunca llora cuando corta las cebo-
llas*. Sus poemas han aparecido en la Antología de poesía joven
de Bogotá: *Pecados capitales*, libro editado por ediciones Exilio,
y en diferentes revistas nacionales e internacionales, entre ellas:
Raíz invertida, La otra (México), Sombralarga, Otro páramo,
etc. Es coeditor y cofundador de Ruido ediciones. Su libro *Los
desiertos del hambre* obtuvo mención de honor en el Concur-
so de Poesía Tomás Vargas Osorio. *Tardes de domingo* es su
cuarto poemario.

Este libro se terminó de imprimir
y se encuadernó a mano
el 24 de junio de 2022, a 5 días de la victoria
del Pacto Histórico, que llevó
al primer candidato de izquierda (vivo)
y a la primera mujer negra a la presidencia
de Colombia, algo que no pensamos presenciar
antes de la extinción de la humanidad.

DESDE TOTUMA LIBROS queremos agradecerte
el tiempo que has dedicado a la lectura
de *Tardes de domingo*, esperando
que hayas sudado el libro.

La poesía es vivir sabroso



Totuma = Libros